

Félix J. Palma, ed.

STEAMPUNK: ANTOLOGÍA RETROFUTURISTA



Óscar Esquivias · Fernando Marías · José María Merino
Juan Jacinto Muñoz Rengel · Andrés Neuman · Fernando
Royuela · Luis Mando Ruiz · Care Santos · José Carlos
Somoza · Ignacio del Valle · Pilar Vera · Marian W

«Regresemos a una época en la cual la máquina de vapor, artilugio casi mágico, se convierte en el símbolo de una era poblada por máquinas majestuosas rebosantes de engranajes, bielas, remaches de acero y tuberías cromadas con medidores de presión, siempre movidas por el omnipresente y poderoso motor a vapor, que en aquella época se creía que conquistaría el mundo. Conscientes tanto del atractivo como de la cada vez mayor resonancia del steampunk, hemos invitado a una docena de nuestros narradores más interesantes a participar en este experimento escribiendo una historia que suceda en ese entrañable escenario. Cualquiera de estos relatos podría haber sido publicado en el siglo XIX, no en vano muestran un futuro igual de entrañable que el que esbozaron los autores que siguieron la senda abierta por Julio Verne y H. G. Wells. Cada uno de ellos constituye la visión de un futuro que ahora sabemos que nunca se hizo realidad, pero que no puede dejar de resultarnos fascinante. Pasen y sueñen.» (del prólogo de Félix J. Palma)

Prologo

Felix J. Palma

Creo que no existe un periodo histórico en el que la ciencia resulte estéticamente más atractiva que la época victoriana, como se conoce a los 64 años que duró el reinado de la Reina Victoria, el más largo de Gran Bretaña. En esa época la ciencia experimentó un avance espectacular, sembrando el mundo de maravillas: se inventó el ferrocarril, por ejemplo, que aparte de abaratar los costes de transporte, transformó la vida cotidiana cambiando la percepción de las distancias; se inventó el gramófono, la máquina de escribir, el teléfono, el neumático de goma, los pantalones vaqueros y hasta un jarabe de hojas de coca y semillas de cola que con el correr de los años sería considerado la chispa de la vida. Científicos como Hertz generaron las primeras ondas de radio, Edison concibió la bombilla eléctrica, Morley demostró la inexistencia del éter, el primer tranvía recorrió las calles de Berlín, y esa marejada incesante de inventos contribuyó a cambiar la visión que el ciudadano tenía del mundo, un mundo que, por otro lado, los exploradores se ocupaban de perfilar cada vez con mayor nitidez gracias a sus heroicas expediciones. Como consecuencia, el hombre del siglo XIX fue asaltado por una fe en la ciencia que le llevó a pensar que esta era capaz de conseguir lo imposible, de hacer realidad cualquier cosa que pudiera imaginar, que incluso su imagi-

nación palidecía ante los logros que los inventores lograban a diario. No es extraño, por tanto, que los científicos se convirtieran en los nuevos sacerdotes de la sociedad, algunos de los cuales, como por ejemplo Charles Darwin, con su teoría de la evolución, trastocaron las creencias más arraigadas del hombre a la par que asentaron las bases del mundo moderno. La ciencia se empeñaba en mostrar un mundo, en fin, medible y sólido, un mundo que podía tocarse. Y durante un tiempo lo consiguió, hasta que la teoría de la relatividad de Einstein dio al traste con ello, demostrando que aquello no era más que una ilusión. Pero esa es otra historia.

La que nos ocupa sucedía unos años antes, auspiciada por la máquina de vapor, el invento que, al descollar por encima de cualquier otra innovación de la época, se convirtió en el símbolo de la nueva era, indiscutible emblema de aquellos tiempos de cambios y, en definitiva, el responsable de su peculiar estética. Aquel artilugio casi mágico, principal causante de la revolución industrial —redobló la producción de las fábricas, se impuso como fuerza motriz para la maquinaria agrícola y a la larga, condenó al hombre a trabajar ensamblado a un engendro mecánico que resoplaba como una bestia mítica—, inauguró la época dorada del acero y el vapor, cuyo espíritu quedó encarnado en La Torre Eiffel, el Titanic y otros frutos de aquel progreso milagroso, como los que atestaron durante la Gran Exposición Universal de 1851 el Crystal Palace, aquella enorme ballena de cristal construida fundamentalmente para que el Imperio Británico exhibiera ante el mundo su potencial industrial.

Pero aquella interminable floración de inventos, que movió al director de la oficina de patentes de Nueva York a cancelarla, arguyendo que ya se había inventado todo lo que se podía inventar, no solo afectó al tejido social aumentando la productividad de las fábricas e inventando de paso una nueva pobreza, surgida como una excrescencia de los talleres, una pobreza masificada y peligrosa que en-

seguida glorificaron escritores como Dickens. Aquella ciencia pujante también influyó en las disciplinas artísticas, como por ejemplo en la literatura, inaugurando un nuevo género que con el correr de los años se conocería como ciencia ficción. El pistoletazo de salida lo dieron los «viajes extraordinarios» del francés Julio Verne y las primeras obras del británico H. G. Wells, a los que no tardaron en salirle los inevitables epígonos, ansiosos pergeñadores de novelas de escasa calidad literaria que narraban aventuras más o menos descabelladas en las que jugaban un papel estelar los descubrimientos científicos y los artilugios descacharrantes. La exaltación a la ciencia, como puede verse, lo impregnaba todo.

Pero habíamos comenzado hablando de la estética. ¿Qué aspecto tenían aquellas máquinas e inventos? Gracias a las fotografías antiguas, o a las recreaciones del cine, todos hemos podido ver esas majestuosas máquinas de aspecto complicado, rebosantes de engranajes, bielas, remaches de acero y tuberías cromadas con medidores de presión, siempre movidas por el omnipresente y poderoso motor a vapor, que en aquella época se creía que conquistaría el mundo. Hoy, rodeados de automóviles, aviones, ordenadores, módems, satélites y cohetes espaciales, sabemos que la máquina de vapor pereció en la selección natural, sin tener tiempo de dibujar el futuro a su imagen y semejanza. Pero ¿y si no hubiese sido así? ¿Y si hoy viviésemos en un mundo donde los robots, las máquinas voladoras y las armas funcionaran a vapor? ¿Y si viviésemos en ese abigarrado futuro que retrataron los ilustradores de la época victoriana?

Nadie puede negar que aquel futuro resultaba tan entrañable como visualmente hermoso. No en vano ha generado toda una corriente artística, el *steampunk*, a la que este libro pretende rendir homenaje. Se trata de un subgénero larvado dentro de la ciencia ficción que salió a la luz en los años ochenta, consistente en historias que muestran un

futuro alternativo presidido por esa extinta ciencia a vapor. Dicha estética se puede encontrar en libros como *Las puertas de Anubis*, de Tim Powers, o *Homónculo*, de James P. Blaylock, y en películas como *Wild Wild West*, *El castillo ambulante*, *Steamboy*, *La Liga de los caballeros extraordinarios*, o en la serie británica *Dr. Who*. También muchos videojuegos se han apoderado de su estética, como *Timeshift* o *Thief*. Todos esos títulos demuestran que la ficción ha encontrado un filón estético en esas máquinas adorables, cuyo mecanismo se nos antoja incomprensible, pero cuyo funcionamiento resulta más agradable de observar que el de nuestro ronroneante ordenador. Pero el steampunk no solo anida en el ámbito de la ficción. El steampunk también ha logrado calar en la realidad. En los últimos años, la fiebre del steampunk se ha extendido por el mundo. En España existen numerosos grupos, comunidades, clubs y foros sobre dicha estética, también llamada retrofuturismo, cuyos miembros establecen sus propias normas de vestuario para no ser confundidos con los adeptos al dieselpunk o al medievalpunk, realizan quedadas, juegos de rol o espectáculos de danza, y los más manitas incluso rebozan en esa estética nuestros inventos e ingenios actuales, como los ordenadores, robots o vehículos. Por último, muchos de ellos también disponen de un rincón literario en el que dan cobijo a historias que se desarrollan en esa fascinante realidad en la que los combustibles fósiles han sido sustituidos por el carbón y sus gentes rinden culto al progreso mientras siguen encorsetados en un arcaico puritanismo e incluso sueñan con un mundo lejos del que rige la razón, como demostraba el auge del espiritismo o la proliferación de sectas esotéricas.

Conscientes tanto del atractivo como de la cada vez mayor resonancia del steampunk, hemos invitado a una docena de nuestros narradores más interesantes a participar en este experimento escribiendo una historia que suceda en ese entrañable escenario, que por otro lado también les

facilita la huida del marco social y político de nuestra realidad, avivando ese espíritu cosmopolita y atemporal perceptible en las obras de muchos de ellos. El resultado es la galería de relatos que tienen en sus manos, las «peligrosas visiones» que un puñado de narradores patrios tienen de ese futuro que el cine y la literatura han popularizado tanto que podría decirse que ya es patrimonio universal. Con una prosa exquisita, Óscar Esquivias nos ofrece en *El arpa eólica* un hilarante relato protagonizado por un joven Héctor Berlioz, convertido para la ocasión en una especie de doctor Frankenstein musical que cruza instrumentos como quien cruza perros. A pólvora y épica huele *Gringo Clint*, el relato de Fernando Marías, quien trenza un spaghetti western plagado de guiños cinematográficos en cuyas entrañas late la semilla de una leyenda real. *Prisa* es una sugerente fábula sobre los ideales y el vértigo de los tiempos modernos en la que José María Merino da una divertida vuelta de tuerca al concepto de *steampunk* presentándonos un futuro alternativo condicionado por los sistemas a pedales. El relato *London Gardens*, de Juan Jacinto Muñoz Rengel, con reminiscencias de H. G. Wells, está protagonizada por el profesor Barnaby y su rival y vecino, el profesor Schmidt, que compiten en una emocionante investigación con la exploración del cosmos como telón de fondo. En su microrelato *Fahrenheit.com*, Andrés Neuman nos muestra un futuro que hunde sus raíces en nuestro deshumanizado presente, desvelándonos qué es lo único que merece renacer una y otra vez en el ancestral ciclo de la vida y la muerte al que está sujeto el universo. Fernando Royuela, por su parte, nos narra en el disparatado *Flux* la peripecia de un pícaro jugador de una suerte de póquer ucrónico, que debe enfrentarse al campeón, un autómatas apodado Cachirulo, en el vientre de una enorme máquina voladora propulsada por bagullo de la moscatel. Luis Manuel Ruiz nos toma de la mano para regalarnos un siniestro paseo por los suburbios de la locura y los primeros balbuceos de la cirugía cerebral en su

relato *Dynevor Road*, una historia de amor y celos con un desenlace sobrecogedor. En *Aria de una muñeca mecánica*, Care Santos especula sobre el negocio de los autómatas entroncándolo con nuestro presente, lo cual le sirve para pintar un retrato entre amargo y divertido de una sociedad preñada de deseos nunca pronunciados. ¿De dónde surge todo cuánto imaginamos? ¿Cobra existencia en el momento en el que lo creamos o lo robamos de algún pliegue de la realidad que no podemos ver más que con el ojo inhumano de una cámara?, se pregunta José Carlos Somoza en *That way madness lies*, un relato impregnado de magia. En *Animales y Dioses*, Ignacio del Valle nos envuelve hasta inquietarnos con el gélido e hipnótico monólogo de una consciencia monstruosa integrada en nuestro mundo, jalonado de errores entre los que a veces relampaguea, apenas perceptible, un destello de salvación. Ecos de Neil Gaiman recorren la bella historia que nos propone Pilar Vera en *Lapis Infernalis*, donde se nos relata el delirante encuentro entre un fotógrafo de cadáveres y la viuda a la que debe retratar, presidido por la absurda lógica de los sueños. Finalmente en *In a glass, darkly*, Marian Womack nos narra con un acertado toque absurdo una guerra vista desde lejos, al tiempo que recrea un Cádiz Victoriano poblado de globos a motor, hombres alados y criados autómatas, donde tiene lugar una hermosa y desoladora pasión.

Cualquiera de estos relatos podría haber sido publicado en el siglo XIX, no en vano muestran un futuro igual de entrañable que el que esbozaron los autores que siguieron la senda abierta por Julio Verne y H. G. Wells. Cada uno de ellos constituye la visión de un futuro que ahora sabemos que nunca se hizo realidad, pero que no puede dejar de resultarnos fascinante. Pasen y sueñen.

El arpa eólica

Oscar Esquivias

Si a los empleados del Conservatorio nos hubieran preguntado qué nos asustaba más de nuestro director, el señor Luigi Cherubini, no habríamos mencionado su mal carácter, sus cambios de humor, sus muchas manías, su inflexibilidad en la aplicación del reglamento o su trato áspero e impertinente (no solo con nosotros: sus propios alumnos solían abandonar el aula con lágrimas en los ojos, por no hablar del resto de profesores, que lo temían como a un perro sin bozal). Todo esto, con ser bastante desagradable, era llevadero. Pese a su fama y a las mil anécdotas que circulaban sobre él por París (casi todas, he de proclamarlo, falsas), el señor Cherubini no era tan fatuo ni malhumorado como lo pintaba la maledicencia popular, al contrario: me consta que en su corazón había nobleza, que podía ser generoso y muy comprensivo con las flaquezas humanas, y que sentía un genuino amor por la enseñanza, aunque su brusquedad a veces permitiera dudarle (y por encima de todo, era un maravilloso compositor; en mi opinión, el mejor de su época). Lo que nos asustaba a todos en el Conservatorio, hasta el punto de que algunos lo atribuían a artes de hechicería, era su habilidad para aparecer de improviso en el lugar más inesperado. Como los fantasmas, el señor Cherubini parecía tener el don de atravesar las paredes. Uno podía pensar que estaba

a seguro, sin testigos, con las puertas cerradas con llave, cuando de repente notaba una presencia a sus espaldas, una mirada escrutadora, que al girarse, oh, sí, descubría que pertenecía a nuestro severo director, quien llevaba minutos observando cómo cierto profesor sustraía libros de la biblioteca y los escondía en el forro del chaleco, cómo aquel bedel de vejiga floja orinaba en un macetero o cómo este anciano afinador de pianos (vergüenza me da recordarlo) despojaba de sus pantalones a un joven estudiante esbelto como un gladiolo y demasiado abotonado (pero esto no merece la pena contarlo aquí, ya se encargan mis enemigos de propalarlo). Tal era el pánico que provocaba el señor Cherubini, que su propia música parecía contaminada: había gente que sentía espasmos en las piernas cuando sonaban sus partituras. No era, desde luego, mi caso, pues apreciaba de corazón sus óperas, especialmente *Medea*, *Las dos jornadas* y *Los abencerrajes*, a cuyos estrenos asistí con gran placer, por no hablar de su *Réquiem en do menor*, cuya solemne belleza y el recuerdo de nuestro bienamado rey Luis XVI, en cuya memoria se compuso, me arrancaron las lágrimas cuando sonó por primera vez. Todo esto tampoco importa para la historia que me propongo contar y pido perdón al lector por haber añadido estas pequeñas notas personales.

El señor Cherubini no siempre se movía con sigilo por el Conservatorio. A veces su presencia venía anunciada por grandes estornudos. Al director le provocaba alergia una gran variedad de cosas: el polvo, el polen de los tilos, la música de Beethoven (esto a mí también), los crisantemos, los gatos, la canela, los cambios súbitos de temperatura... Una de las razones que le hacían abandonar su despacho o el aula donde impartía clase era que detectara una corriente de aire. Salía con el ceño fruncido, el paso airado y, como un perro de caza que siguiera el rastro de una pieza, husmeaba, venteaba, corría los pasillos y las escaleras, y finalmente (en un cuarto apartado, en las buhardillas, en una

puerta excusada) descubriría una gatera sin cegar, un cristal roto, un ventanuco abierto por el que entraba un hilillo de aire. Entonces clamaba como un profeta del Antiguo Testamento:

—¡Me quieren matar! ¡Esto es una conspiración!

Fue en una de estas ocasiones cuando sucedió el episodio que me dispongo a narrar, del que casual —y fatalmente— fui testigo. Yo estaba en la biblioteca, pues tenía interés en un lote de partituras que acababa de llegar de Viena, cuando escuchamos en la lejanía, como si fueran salvas de artillería, unos potentes estornudos.

—¡Santo Cielo, es él! —se persignó el bibliotecario. En el Conservatorio muchos evitaban mencionar su apellido porque les parecía poco menos que invocar al demonio.

Nos quedamos expectantes, atentos al menor ruido. Pasados unos minutos, nos relajamos.

—¡Ha pasado de largo, gracias a Dios! —exclamó el bibliotecario mientras se secaba el sudor de la frente.

—¿A quién os referís? —preguntó una voz de poderoso acento florentino. Allí, delante de nosotros, sin que hubiéramos sentido su entrada, como si acabara de materializarse, estaba el señor Cherubini.

El bibliotecario volvió a sudar copiosamente.

—Yo, ya... ay yo... Me refería a diciembre, que ya se acaba... Ha sido un visto y no visto...

—¡Pero si quedan tres semanas para que termine el mes!

—Claro... Es lo que yo digo... Ayer estábamos en noviembre y hoy ya nos asomamos a 1824. El río de la vida nos lleva por delante, señor Cherubini. No disfruté de mi juventud y heme aquí, ya en la vejez, tanteando el camino hacia la tumba. Qué desolación.

—Exageráis.

El director no miraba al bibliotecario y le respondía maquinalmente. Parecía interesado en alguien situado en el

extremo de la sala. Señaló con la barbilla y preguntó con voz tenebrosa:

—Decidme, ¿quién es aquel muchacho, el que está junto a la ventana?

El bibliotecario podría haber contestado al instante, pero se caló sus antiparras y fingió mirar hacia el punto que le señalaba el mentón querúbico. Las lentes solo le servían para leer y le deformaban los objetos lejanos, mas así aquel desdichado ganaba unos segundos para meditar qué tono debía dar a la respuesta, pues por experiencia sabía que ninguna pregunta del señor Cherubini era inocente. En esta ocasión, el bibliotecario adoptó un aire neutro, ligeramente despectivo.

—Ah, ese, el flaco. Es un chico de provincias. Empezó a venir a principios del año pasado. Estaba interesado en copiar las partituras de Gluck. Se llama Berlioz, Hector Berlioz.

—¿Berlioz? No me suena. ¿Es alumno del Conservatorio?

—No, señor. Recibe clases particulares del señor Lesueur. Creo que estudia Medicina, o quizá Leyes... La verdad es que no estoy muy seguro. Es un muchacho extraño, señor, muy extraño.

Pronunció la palabra «extraño» bajando la voz y alargando mucho las vocales, eeextraaaño, como si evocara oscuros pasillos llenos de telarañas y humedad. Quizá debido a esta sugestión, el señor Cherubini dio un gran estornudo que hizo temblar la lámpara del techo. Esto delató su presencia a todos los estudiantes, que inmediatamente se pusieron en pie, como si recibieran la visita de un general que fuera a pasarles revista. El único que permaneció sentado, ajeno a todo, fue precisamente el joven Berlioz. Ni siquiera se inmutó cuando el señor Cherubini avanzó a trancos hacia él, dando grandes pisotones sobre la tarima, y se situó a sus espaldas.

Berlioz vestía a la moda, con ropas de buen corte pero gastadas y un tanto holgadas, como si se las hubiera pres-

tado alguien adinerado y más corpulento que él. Tenía la tez muy blanca, grandes patillas y una enorme cabellera alborotada. Parecía completamente absorto en su labor de escribir música. No debía de ser muy del gusto del señor Cherubini lo que allí veía, porque en su rostro se dibujaron varias muecas de desaprobación. En un momento dado, dio unos golpecitos en el hombro al muchacho y le interpe-
ló directamente:

—¿Componéis sin ayuda del piano?

El joven ni siquiera se giró.

—No lo necesito.

—Ah, no lo necesitáis, bravo. Permitidme una pregunta, y os ruego que no toméis mi curiosidad como una impertinencia: ¿qué edad tenéis?

Ahora sí, Berlioz se dignó a mirar a su interlocutor y al reconocer al señor Cherubini, empalideció y se puso en pie. Fue tan brusco que las patas de la silla rechinaron terriblemente.

—Acabo de cumplir veinte años, señor.

—¿Y estáis componiendo una cantata?

—Un oratorio, *El paso del mar Rojo*. Quiero presentárselo dentro de unos días al señor Lesueur, mi maestro.

—Permitidme... —dijo el director, al tiempo que tomaba de la mesa las hojas manuscritas—. Oh. Hummm. Vaya, vaya. Curioso. Decidle de mi parte al maestro Lesueur que os refresque las reglas del contrapunto, las tenéis un poco olvidadas. ¿Quién es el autor de este texto?

—Yo mismo, señor.

—¿Vos? ¿Y en qué idioma lo habéis escrito?

—En latín, señor.

—¿Latín? ¿Os parece latín: «Uooooo, oooo, o, ooo. Ag, glu, glu, glu»?

—Es latín cantado debajo del agua.

—¿Debajo del agua, señor Berlioz?

—Se trata de un aria de Faraón, mientras se ahoga en las aguas del mar Rojo.

El señor Cherubini sonrió.

—Sí, eso está claro. El barítono que canta esto está ahogándose, de eso no hay duda. Veo que utilizáis cuatro solistas, una orquesta generosa y doble coro. Mucha percusión, timbales, platillos, triángulo, bombo, tambor, campanas... ¿Qué más veo por aquí? Una mandolina, un órgano, ¡hasta un arpa eólica! ¡Admirable! Y decidme, ¿qué es esto del guitarrocorno?

—Un instrumento de mi invención, señor. Se trata de una guitarra con boquilla. Me pareció oportuno para acompañar el canto de José en el momento de despedirse de Egipto.

—¿De José? ¿De qué José?

—Del hijo de Jacob. El que interpretó los sueños de Faraón y predijo los años de bonanza y carestía.

—Sé perfectamente quién es José. Aparte del contrapunto, os convendría repasar también la Historia Sagrada, señor Berlioz. Quien sacó a los israelitas de Egipto y atravesó el mar Rojo fue Moisés. José había muerto hacía varias generaciones.

—Sí, desde luego. Pero antes de partir, Moisés desenterró sus restos para llevarlos consigo a la Tierra Prometida.

—¿Estáis seguro?

—Lo podéis leer vos mismo en la Biblia. En mi oratorio quiero que suene la voz de José. Me conmueve la idea de que los muertos acompañen a los vivos en su peregrinar por la vida. Estoy convencido de que podemos oír la voz de los difuntos, que su presencia flota entre nosotros. A veces, en mitad del silencio de la noche, siento el aleteo de un aria melancólica de Gluck o un himno enfervorizado de Méhul. Están ahí. Si supiéramos invocarlos, les haríamos cantar.

No sé si fue una carcajada o un estornudo lo que soltó el señor Cherubini. En cualquier caso, fue un sonido atroz. Arrojó la partitura sobre la mesa y sus hojas se desparramaron.

—Ya veo por qué senda camináis, jovencito, sois un moderno. No caigáis en extravagancias, por favor, no organicéis aquellarres. Todo esto es ridículo: lo de Faraón sumergido, lo de José resucitado, esta instrumentación... El arpa eólica es un invento literario que solo suena en los poemas. Además, no hará falta que os señale que en tiempos de los profetas no existían los guitarrocornos.

—Tengo entendido que tampoco en los de Medea había violonchelos.

Se hizo el silencio, un silencio electrificado, lleno de tensión, como el que media entre el relámpago y el trueno. El bibliotecario volvió a persignarse, como si intuyera que allí iba suceder una gran desgracia. El señor Cherubini y Berlioz se miraban fijamente, como dos esfinges. Al final, fue el muchacho el primero en humillar la cabeza. Recogió sus papeles, colocó cuidadosamente la silla en el hueco del pupitre, masculló un «Con permiso» y se retiró de la biblioteca.

El señor Cherubini solo reaccionó cuando Berlioz ya se había ido:

—¡Qué impertinencia! ¡Y encima ha dejado la puerta abierta! ¡Las corrientes de aire son peligrosísimas! ¡Peligrosísimas!

Yo soy ya viejo y he vivido muchas decepciones, pero siempre he mantenido un invariable amor por la juventud y nunca he negado mi protección a aquellos muchachitos que, indefensos cual gorriones, vienen a París a buscar fortuna, pese a que suelen ser veleidosos e ingratos. La apostura del joven Berlioz, su aire de doliente dignidad, los rizados de sus patillas, sus cabellos rojizos, ay, todo eso me cautivó. No me costó averiguar su dirección y esa misma tarde me presenté en la elegante casa de la calle de Saint-Jacques donde residía. Me recibió una portera hosca y desconfiada, cuya lengua se desató cuando deposité en su mano una generosa propina.